Table of Contents

BESITOS
COGGIA… O EL SUEÑO DE LUCÍA
LA GOTA DE ROCÍO

CUENTOS MÁGICOS

Manuel Cubero Urbano

ANITA LA NIÑA DE VILLALUZ

Había una vez un pueblo tan bonito, tan bonito, que el Sol siempre estaba asomado a él. Por eso lo llamaban Villaluz. Villaluz era la envidia de todos los pueblos vecinos, sobre todo de Villagrís.

Pues debéis saber que Villagrís nunca había visto brillar el Sol en toda su esplendidez. Sus habitantes, que eran muy malos, habían sido castigados a vivir en la eterna penumbra. Por eso,

envidiosos del azul que adornaba el cielo de Villaluz, un día robaron los rayos del Sol, y se los llevaron a su pueblo.

Desde aquel momento, Villaluz se quedó muy oscuro, muy oscuro. Y los niños, que apenas podían jugar en el parque, ni salir a la calle, ni ir al colegio, se aburrían tanto, que muchos de ellos comenzaron a enfermar de tristeza.

Entonces, al ver a sus padres preocupados por la enfermedad de los niños, Anita, que era una chica muy valiente y decidida, dijo que aquello se había acabado. Reunió a todos sus amiguitos y, después de pedir permiso a sus papás, se dirigieron a Villagrís.

Cuando estaban a punto de llegar, salió el guardián del pueblo, que era un hombre muy grande y malvado:

– ¿Dónde vais? –preguntó mientras, parado en medio del sendero, les impedía continuar su camino.

–Es un secreto tan grande que si el aire lo oyese se lo llevaría hasta el cielo para quedarse con él –respondió Anita–. Sólo podría decírtelo al oído.

¡Vamos! ¡Cuéntamelo! –ordenó.

El guardián, deseoso de conocer un secreto tan importante, se agachó y acercó su oreja a la boca de Anita. Ésta, entonces, le dio un beso en la mejilla. Fue el primer beso que le habían dado al guardián en toda su vida. Y se sintió tan feliz que, a partir de ese mismo instante, se volvió un hombre bueno y amante de la paz. Inmediatamente, dejó a Anita y sus amigos proseguir su camino.

–Unos niños tan buenos no podrán hacerle daño a nadie –dijo–. Pasad, pasad y besad a todo el pueblo, que ya estoy harto de estar aquí siempre vigilando por culpa de la maldad de mis vecinos.

Y así lo hicieron. Anita y sus amigos fueron repartiendo besos de casa en casa por todo el pueblo de Villagrís. Cada beso que daban era una gotita de bondad que se metía en los corazones de aquella gente. Así que todas las personas del pueblo, que hasta entonces habían sido muy malas porque nadie les había dado un solo beso, se volvieron buenas y devolvieron a Anita los rayos de Sol que les habían robado a los vecinos de Villaluz.

–Toma –le dijo el Alcalde–. El sol es vuestro, pues por nuestra maldad, el cielo nos había castigado sin él.

Pero Anita se compadeció de los niños de Villagrís, que estaban todos muy apenados al ver que se iban a quedar otra vez sin luz. Después de consultar con sus amiguitos, tomó la palabra y respondió:

–Señor Alcalde, en vista de que han decidido ser buenos, hemos pensado que, como amigos y vecinos, deberemos compartir el Sol con ustedes a partir de hoy.

Desde entonces, el cielo envió a la Luna para que, también de noche, hubiese algo de luz en el mundo. Y los dos pueblos, Villaluz y Villagrís, vivieron siempre en paz y fueron muy felices.

BESITOS

Ya estamos como siempre. ¿Cómo le voy a decir a mis padres que no me gusta venir a este sitio? Las tipas, todas vestiditas igual: su gorrito blanco, su batita fabricada en serie, sus zapatos que son como para echar a correr… Vaya idea que tiene esta gente de lo que es la moda.

Uno piensa que ya podían echar una miradita de vez en cuando a la tele. O a las revistas de moda, que para eso hay siete u ocho en la sala de espera, pasadas de moda, pero las hay. ¿Será que para entrar aquí hacen primero un examen de mal gusto? Porque las mozas, para qué nos vamos a engañar, parece que lo tienen en el culo a la hora de vestir. Luego, si se fija uno, no es que sean antipáticas, que va. Las puñeteras están siempre con la sonrisita puesta, que parece que les regalan el dentífrico.

Y si no fuera por la mala uva que demuestran a poco que te descuides, hasta te caerían bien. Te saben coger delicadamente, mejor que tu madre, si me apuras. Te toman con mucha delicadeza, alguna de ellas te da un par de besos, y te va enseñando por ahí, como si le hubieras tocado en la lotería.

–Mirad qué lindo viene Paquito este mes…

Una gozada, vaya. Pero cuando ves venir al tipo de las barbas ya te pones a cavilar… El pobre, se nota que quiere ser amable, pero no puede. Muy buena voluntad sí que aparenta: hasta intenta echarte una sonrisita mientras prepara la jeringuilla… ¿Tendrá mala leche el tío? Al final me va a resultar un sádico, o un tío la mar de patoso, vaya usted a saber porque con esa cara... Y anda que la vestimenta… Hortera integral y sin remisión. ¿Pues no se presenta vestido igual que las mozas? Los mismos zapatos horteras, la bata que parece de su hermano pequeño… Cualquiera diría que se visten todos en las mismas rebajas.

Vamos a ver hoy qué tal se portan, porque la última vez, tuve que defenderme con un par de meaditas. Espero que hayan escarmentado. Vaya… ya está aquí otra vez la rubia de la de la primera meada. Como se acuerde… mal empezamos.

Ufff. Vaya hombre, la muchachita debe ser algo masoquista, o ya no se acuerda de cuando la usé de mingitorio, porque los dos besazos que me ha soltado son de primera categoría.

¡Chiquilla! ¡Y qué buen perfume usas, puñetera! ¡Ya me estás tocando el culo otra vez!

Me parece que esto se pone mal.

Hombre, la morenaza. Ésta debe de ser la que hace de poli bueno, como en las películas que ve mi papá. Besito va y viene, cuatro carantoñas y ale: "el pobre…, el barbas le va a dar un pinchacito, pero a mi nene no le va a doler, ¿verdad?"… Y al final, deja que me pinchen y se queda tan contenta. Bueno, la verdad es que les dice que son muy malitos, me acuna… pero ya podía echarle más genio a la cosa, leñe. Para mí que teme que la despidan si se pone descaradamente de mi parte.

¡Ale!… ¡Ya llegó el barbas! Hay que comenzar las maniobras militares. Primero un besito con la mano… ¡Muakkk! Je… se sonríe… Hombre y dice que soy muy gracioso… ¿me libraré hoy del jeringazo? ¿Por qué no sabría yo tirar besitos el mes pasado? Uy, uy… la cosa va bien, la rubia está llamando a las compañeras.

–Venid, mirad qué gracioso es Paquito… y los besitos que tira…

Uy, uy… esta gente me mata a besos… Está visto que Don Juan Tenorio es un aprendiz a mi lado. Hoy me libro del barbas, je, je… le va a pinchar a su puñetero padre. Bueno, será cuestión de despedirse. ¡Adiós, muchachas!

Vaya… ahora la morena:

–Mirad… y dice adiós con la manita mirando hacia la puerta… ¡Qué lindo! Claro, si te quedas aquí este hombre malito te pincha ¿a que sí?

Morena… tú sí que me comprendes, hija. Si no fuese porque podrías ser mi madre… Está visto que unas buenas dotes de convicción sacan a uno de un apuro… ¿Ehhh? ¿Pero este barbas no tiene corazón? Vaya forma de cogerme. No y se pone a enseñarle mi culito a medio mundo ¿Será guarro? ¡Ayyyy!

BURRITOS SERRANOS

Hace muchos, muchos años, en una humilde cabaña perdida en las arboledas que cubren los alrededores de la Peña de Zaframagón, vivía un joven pastor llamado Adrián. El muchacho, ágil como los cervatillos que corretean por aquellos lugares, conocía desde pequeño los rincones más escondidos de la sierra. Tanto es así que, cuando se extraviaba alguna res, el dueño siempre acudía a él:

–Adrián, si encuentras mi ternerillo antes de que se lo zampe algún lobo, te doy dos reales.

Unos dieciocho años habría cumplido Adrián cuando comenzó esta historia. Se encargaba por entonces del pastoreo de un numeroso rebaño cuando comenzaron a correr rumores de que se acercaba al lugar una extraña compañía de soldados. Al decir de Servando, otro pastor que se había tropezado con ellos, hablaban un idioma desconocido para los muchachos. Francés lo llamaban:

–Una jerigonza imposible de entender aunque, eso sí, se hacen comprender a base de gestos y malos modos.

Servando tenía su ganado por los cerros de Algámitas, pueblo cercano a Olvera, lugar al que se dirigían aquellos soldados. Cinco corderos y otras tantas cabras le habían costado al muchacho tan desgraciado encuentro. Y como viese que a este paso peligraba todo su rebaño, una madrugada decidió salir de aquellos montes encaminándose a Zaframagón.

–Aquellas quebradas y barrancos me servirán de refugio mientras esa gente esté por aquí –dijo a su madre antes de iniciar la huida.

Así fue como se encontró con Adrián. Cuando éste conoció la proximidad de aquellos invasores y su afán destructor, decidió ayudar a su nuevo amigo. Buscarían los rincones más recónditos del lugar para esconder sus ganados mientras el extranjero anduviese por los alrededores.

Llevaban varias semanas gozando de la placidez de aquellos lugares cuando, una buena mañana, vieron acercarse a una familia por el camino de Olvera. Venían huyendo de los extranjeros.

– ¿Sucede algo? –preguntó Servando a una joven que se acercó a los pastores a pedir algo de leche para su hijo.

–Han llegado hasta el pueblo los gabachos. Mala gente –respondió.

Preocupado por la noticia, Adrián decidió ir al pueblo. Preparó algo de comida, agarró un corderillo para la familia y emprendió la marcha hacia el hogar. Por el camino se cruzó con gentes del pueblo que huían con sus ganados.

–Arramblan con todo –le contó uno de ellos–. A este paso, dejarán al pueblo sin nada que llevarse a la boca.

Al oír esto, Adrián voló en busca de los suyos. Tan alocadamente corría hacia el pueblo que, sin percatarse del peligro, fue a caer en manos de un grupo de soldados franceses. De un empujón lo arrojaron al suelo mientras uno de ellos le arrebataba el corderillo y de un tajo acabó con su vida.

– ¿Dónde has encontrado esto? –preguntó mostrándole el cordero.

–No entiendo, no entiendo…

– ¡Fuera, fuera de aquí! –chapurreó el que parecía mandar el grupo mientras lo levantaba del suelo.

Adrián echó a correr camino de Olvera. Anochecía cuando llegó a casa de sus padres. Su madre, al saber lo acaecido, lo abrazó llorando. Aquella noche pudieron comer algo gracias al tasajo de carne que llevaba escondido en el zurrón. Éste había pasado desapercibido para los franceses, los cuales se conformaron con el cordero y no se molestaron en registrarlo más.

Iban a retirarse a descansar cuando sonaron en la puerta unos fuertes golpes que llenaron de pavor el corazón de aquella humilde familia.

– ¡Abran o tiramos la puerta abajo! –gritó un soldado francés.

Como sabían que aquella gente era muy capaz de cumplir su amenaza, el padre del joven abrió la puerta dejando pasar a una pareja de soldados. Sin mediar palabra, éstos tomaron del brazo a Adrián y a su padre y se los llevaron al cuartel donde se encontraban los mandos del ejército invasor.

– ¿Es éste el que traía el cordero? –preguntó un capitán al soldado que le arrebató el animal aquella tarde.

–Sí, capitán –respondió.

– ¿De dónde lo sacaste? –se volvió ahora hacia Adrián.

–Lo encontré abandonado en el campo, señor –mintió el joven.

–Bien, bien… Vosotros, los enemigos del rey José, coméis como reyes mientras sus soldados llevamos cinco días sin probar la carne…

–Señor, yo…

–Retírate. Pero oye esto, muchacho: tu padre y nueve hombres más quedarán retenidos. Si pasado mañana nuestros cocineros no tienen aquí cinco terneras listas para cocinar, todos ellos serán fusilados.

El joven salió de allí temblando de miedo y odio. Aquellos hombres eran capaces de cumplir su amenaza. Y no les temblaría la mano. Cuando llegó a casa sólo dijo que su padre se había quedado para acompañar a los gabachos a un manantial que desconocían. Pero no quiso perder tiempo e inmediatamente, aquella misma noche, salió de vuelta a Zaframagón. Llegó con las primeras luces de la mañana.

Un vigilante, apostado en lo más alto del peñón, fue quien dio el aviso de su regreso:

–Adrián viene por el camino de Olvera…

Al llegar se dirigió inmediatamente al lugar en que su amigo Servando cuidaba su ganado. Una vez allí, y después de contar lo sucedido en Olvera, decidieron reunir a todos los pastores que andaban ocultos por los alrededores.

–Entre los diez rehenes hay familiares de casi todos nosotros –advirtió Adrián.

–Y esos bandidos son muy capaces de cumplir su amenaza, si lo sabré yo… –añadió Servando.

Toda la mañana estuvieron discutiendo posibles soluciones visto el peligro que corrían sus familiares retenidos por los soldados enemigos…

–Tengo la solución –dijo Adrián mientras una pícara sonrisa asomaba a su rostro.

– ¡Habla, Habla! –pidieron a una todos los presentes.

En voz baja, como temiendo ser oído por los buitres que sobrevolaban el peñón, Adrián les explicó su plan. Todos los presentes escucharon en absoluto silencio la propuesta del joven.

–Perfecto –aprobó Servando cuando Adrián concluyó su explicación–. Esa gente formará parte del ejército más poderoso del mundo, pero de ganado, no entiende ni papa…

–Entonces ¿estamos de acuerdo? –preguntó un viejo pastor.

– ¡Sí! –aceptaron todos como un solo hombre.

–Bien. Esta tarde, saldré con un grupo a buscar lo que necesitamos y al amanecer irán cuatro de los nuestros, con un carromato a llevarle al gabacho su carne… limpia y preparada para ser cocinada –propuso el viejo con una sonrisa.

El eco multiplicó por mil la carcajada de los pastores. Apenas terminaron de comer, emprendieron las tareas acordadas. Antes de anochecer los hombres ya tenían preparados los animales recién sacrificados para ofrecerlos al enemigo.

Despellejados, sin cabeza ni pezuñas, y una vez extraídas sus entrañas, aquellas carnes brillaban apetitosas a la luz de las hogueras. Colgadas al relente, esperaron el amanecer para emprender su camino hacia el cuartel de los franceses.

Con las primeras luces del día, Adrián, Servando y dos compañeros más, después de recoger y preparar el material que tanto ansiaba el enemigo, partieron hacia Olvera.

Marchaban tan alegres y felices a cumplir las órdenes del enemigo que el camino se hizo cortísimo.

–Muy alegres venís… –saludó un sargento francés mientras comenzaban a descargar las carnes.

–Claro… –respondió Adrián con una amplia sonrisa–. Estamos muy contentos al saber que vais a liberar a nuestros familiares…

Y así fue, varios soldados se hicieron cargo de la carne preparada y a punto para ser cocinada. Un sargento ordenó a los pastores que esperasen un momento. Poco después el padre de Adrián y los demás rehenes salían a la calle. Después del abrazo, el padre de nuestro amigo no pudo evitar unas palabras de reconvención a su hijo:

–Esta gente no merece un solo bocado de nuestro ganado. Prefería la muerte…

–No, padre. Espera, luego te cuento –respondió Adrián.

Al día siguiente, las tropas francesas acuarteladas en Olvera salieron con destino al cerco de la heroica ciudad de Cádiz. Habrían recorrido un par de millas cuando observaron cómo, en una de las lomas cercanas, una gran bandada de buitres se daba un banquete a base de algo que no acababa de distinguirse bien en la distancia.

El capitán francés envió a un sargento. Acompañado por un soldado de origen campesino, se acercó a comprobar el origen de la gran comilona que se daban aquellas rapaces.

Grande fue su sorpresa al comprobar que sólo se trataba de las pieles, las cabezas y las pezuñas de unos burros viejos y sarnosos, a juzgar por la presencia de aquellos despojos…

– ¿Dónde estará el resto de estos animales? –preguntó el capitán.

El cocinero se dirigió a él casi en un susurro:

–Mi capitán… La carne de ayer estaba durilla, ¿no?

–Cierto, ¿Por qué lo preguntas?

–No es por revolverle el estómago, pero me parece que la carne de estos burros viejos y enfermos está en nuestras barrigas…

Y desde entonces, para regocijo de los olvereños, cuando un francés quiere decir a otro que parece tonto le dice:

–Pero ¿es que tú has comido burro en Olvera?

Relato basado en un dicho francés: ***Est–ce que tu as mangé de l´âne à Olvera?***

BUSCANDO LA FELICIDAD

Cuentan los mayores del lugar que hace años, muchos años, Villa Bermeja era un pueblecito tan pequeño y alegre que cuando llegaba la Navidad, en lugar de humo, las chimeneas de sus casas exhalaban hermosas canciones, villancicos que llenaban el cielo de campanillas, zambombas y delicadas voces infantiles. Estas melodías recorrían todos los rincones del pueblo, acompañadas por los aromas que emanaban de sabrosísimos platos cocinados con tanto amor como sabiduría con motivo de aquellas fiestas.

Pero desgraciadamente para los bermejinos, la alcaldía de la villa vino a caer en manos del señor Pascasio, hombre antipático, mal encarado, muy mandón y soberbio como pocos.

–Mis paisanos son los hombres más duros del mundo –presumía.

Y como se había propuesto que aquella fanfarronada se hiciese realidad, dictó una orden que, con todo el dolor de su corazón, fue obedecida por las madres del pueblo, atemorizadas por su mal carácter.

A partir de aquel momento, el señor pascasio se ganó la antipatía de todas las madres de Villa Bermeja. Y también la de los abuelos. “Con el fin de conseguir una raza de hombres fuertes y con carácter indómito, como corresponde a nuestras montañas, quedan prohibidas todo tipo de carantoñas, besos y demás blandenguerías para con los niños”, decía la orden.

Días después la tristeza comenzó a instalarse poco a poco en cada rincón de Villa Bermeja, hasta que llegó al colegio. Nadie, ni el médico, ni el señor cura… ni siquiera el mismísimo don Pascasio fue capaz de encontrar la solución al abatimiento que reinaba en el corazón de los niños bermejinos. Preocupado por el estado de sus alumnos, don Luís, el maestro, no pudo evitar hacerse una serie de preguntas. ¿Por qué se respiraba tanta desolación en el pueblo? ¿Quién sería el culpable de que la felicidad no reinase en un lugar tan bonito como Villa Bermeja? ¿Será que, como es tan pequeñito, tienen muy pocas diversiones? ¿O será que, entre los vecinos, hay gente malvada que trae la desgracia sobre el resto de la villa?

Para buscar la respuesta a aquellas preguntas, don Luís decidió recorrer la comarca y hablar con las personas mayores. Como han aprendido tanto de la vida, se dijo, seguro que me ayudarán a encontrar el remedio a tanta tristeza. Pateó todos los caminos, preguntó a los viejos pastores que tantas y tantas historias saben de aquellos bosques y umbrías… Y a pesar de que muchos hablaban y recordaban los momentos más hermosos de su vida, todos reconocieron que también la desolación habitó entre ellos en algún momento.

–No es tan malo sentir tristeza –le dijo un anciano–. Lo malo es no tener fuerzas para sobreponerte a ella. Debes saber que sólo podremos valorar las cosas buenas de la vida si conocemos el dolor de no tenerlas.

–Y si ves a un ser querido sufrir, dale todo tu cariño –le dijo otro–. Así sabrá que no está solo.

"Dale todo tu cariño…" Aquellas palabras se clavaron en su corazón. ¿Estaría allí la solución?

Indeciso, creyendo que no encontraría entre sus viejos vecinos el remedio a la tristeza que reinaba en el corazón de sus alumnos, decidió salir al mundo a buscarla. Hablaré con los sabios, preguntaré a las estrellas, buscaré en las montañas las hierbas más extrañas hasta dar con aquella cuyas flores, en su inmenso colorido, me ofrezca la medicina que cure a mis niños, pensó.

Y salió al monte, buscó en las orillas de los arroyuelos de cantarinas aguas, escuchó las canciones que las hojas de los árboles regalaban al aire cuando éste paseaba entre ellas, preguntó al silbido que se esconde en las profundidades de las cuevas…

Nadie supo darle razón de la medicina que buscaba. Desilusionado, emprendió el camino de vuelta a casa. Una tarde, al pasar por las afueras de una aldeíta, vio a un grupo de niños que, semidesnudos, jugaban a la orilla de un riachuelo.

Don Luís se acercó al lugar y, acogido a la fresca sombra de un sauce que acariciaba las aguas, se sentó a disfrutar de aquel inocente griterío. Uno de los niños, al verlo, se acercó al él y, sentándose en una piedra, le dijo:

– ¿Usted no se baña?

–No, gracias. Simplemente estoy disfrutando con vuestros juegos.

– ¿Busca usted algo? –preguntó el niño al ver la mirada de Luís perdida en el infinito.

–Sí. Quiero saber si sois felices. Os veo tan alegres…

–Pues claro que somos felices. Tenemos todo lo que necesitamos…

– ¿Todo, todo?

–Claro: padres, amigos, un sitio donde jugar…

Don Luís no se quedó muy conforme con aquella explicación. Los niños de Villa Bermeja también tenían padres, amigos, sitios donde jugar… Creyendo que, a pesar de la alegría reinante en el lugar, tampoco allí encontraría lo que buscaba, antes de levantarse para reemprender su camino, se volvió hacia el niño para despedirse. El niño, al ver la tristeza que reflejaba la cara del maestro, le tomó el rostro entre sus manitas y lo besó con delicada ternura.

– ¿Por qué está usted triste?

En aquel momento, algo comenzó a hervir en el corazón del maestro. Entonces comprendió donde estaba la solución a los males de sus alumnos: muchas veces, una simple caricia, o un beso, es suficiente para abrir el camino de la felicidad.

Así fue cómo informados padres, abuelos y todo el pueblo bermejino sin excepción, decidieron desobedecer la orden del señor alcalde. La alegría volvió a reinar en todos los hogares de Villa Bermeja menos en casa de don Pascasio. Encerrado en su dormitorio seguía negándose a besar a sus hijos. Afectado por una extraña enfermedad cayó en cama. Una mañana, mientras dormía, su hijo pequeño entró en la habitación y, antes de salir para el colegio, cumplió una orden de don Luis: besó delicadamente a su padre en la frente. El señor alcalde, con todo el dolor de su corazón, recuperó la salud en pocas horas.

CARUSO

Cuentan los animales del monte que aquella primavera se presentaba más alegre que nunca. El culpable era un jovencísimo jilguerillo que, según decían sus vecinos, tenía el trino más bello que jamás se había oído por el contorno. Crecido entre el romero y la jara que perfuman el bosque, cada mañana el jilguerillo saludaba a los primeros rayos con su hermosa e incansable melodía desde la copa del pino más alto.

Poco a poco los días comenzaron a estirarse. El mes de abril llenaba el bosque de luz y alegría. Por aquellas fechas recibieron la visita de una hermosa paloma mensajera que había recorrido medio mundo llevando las noticias de su amo. Cuando oyó al jilguerillo trinar, se quedó sorprendida ante la belleza y la fuerza de su canto.

–Canta tan bien como el mismísimo Caruso. –dijo.

– ¿Quién es Caruso? –preguntó, con gesto de envidia un grillo que vivía entre la hojarasca.

– ¿Es que su fama no ha llegado hasta el bosque? –respondió la paloma–. Caruso era un humano. Y dicen que fue el mejor cantante que ha habido jamás.

–Pues sepa usted, señora viajera, que mi pequeño no tiene nada que envidiar a ese tal Caruso. Mi hijo es tan grande como él –presumió su madre.

Y era cierto. Encandilados por el trino del jilguerillo todos los animales del entorno hablaban maravillas del arte canora del pequeño. Su fama se extendió por las raíces de los árboles, llegó hasta las florecillas silvestres y de allí, voló por todo el bosque. Orgulloso de su retoño, papá jilguero proclamó a los cuatro vientos:

–Mi hijo es el gran Caruso del bosque.

Y desde entonces todos sus vecinos lo llamaron Caruso. Tanto se extendió su fama de cantor que lo invitaban a todas las fiestas del bosque. Desde entonces, anduvo siempre volando de un rincón a otro hasta que, un día, una gran tormenta se desató sobre la floresta. Como era muy pequeño, fue arrastrado por el viento hasta una nube tan espesa y negra, que el pobre animal se perdió en su interior.

El desgraciado pajarillo pensó que esa noche moriría de frío. Su canto se convirtió en un triste piar que apenas conseguía salir de su garganta. Por suerte para él, un último soplo de viento lo arrastró hasta el interior de un patio. Allí, detrás de una maceta, encontró un rinconcito acogedor donde, agotado, se quedó dormido.

Con las primeras luces del día nuestro amiguito vio roto su descanso por la presencia de un hocico que olisqueaba intentando llegar hasta él. Afortunadamente una mano lo rescató regalándole un poquito de su calor. Caruso se acurrucó en aquel cálido nido y de nuevo se durmió plácidamente.

Cuando despertó vio que estaba encerrado en una jaula. Primero se enfadó mucho y se quedó muy triste hasta que, poco después, observó a la dueña del hocico retozando y saltando a su alrededor mientras intentaba alcanzar la jaula. Era una perrita pequeña y traviesa, cuya golosa mirada resultaba tan amenazadora como simpática.

Al oír el jadeo del animal en su fracasado intento de cazar al jilguero, Pilar, la dueña del animal, acudió presurosa:

– ¡Tita! ¡Quieta!

La perrita obedeció. Disimulando sus intenciones se sentó en el suelo sin dejar de mirar al indefenso Caruso. Una extraña sensación se apoderó del jilguero. Si por un lado aquel nuevo hogar no dejaba de ser una cárcel, por el otro se sentía seguro frente a su nueva e inquieta vecina. La señora se acercó a él, abrió la jaula, lo tomó en su mano y agarrando del collar a Tita se lo acercó al hocico:

–Tita, este es un nuevo miembro de la familia. Ni se te ocurra tocarlo –dijo mientras se lo daba a oler–. Es tu nuevo amigo, ¿está claro?

La mirada de Caruso se cruzó desafiante con la de Tita. Somos igual de importantes, así que respétame, cantó el jilguero. Y como la perrita comprendió las palabras de su ama tan bien como el trino de su nuevo vecino, dio un lametón en el cuello del jilguero. ¿Ves? Podría haberte engullido de un bocado, pero Pilar quiere que seamos amigos, le dijo con su lengüetazo.

La señora, que había comprendido la conversación, soltó a Caruso en el suelo junto al Tita. Ésta acercó su hocico al jilguero en actitud amistosa. Éste, que comenzaba a sentirse seguro, dio una volada, se metió en su jaula y, asomado a la puertecilla dedicó a sus nuevos amigos un trino tan poderoso y melódico que ambos se quedaron extasiados.

Desde entonces, Caruso y Tita se hicieron tan amigos que cuando Tita salía al parque a corretear, Caruso abandonaba su jaula, que siempre estaba abierta y, volando de rama en rama, acompañaba a sus amigos a lo largo de su diario paseo. Una tarde, Caruso, que añoraba a su familia le pidió a Tita que lo acompañase al bosque cercano. Quiero ver a mis padres, ¿vienes conmigo?, cantó el jilguerillo. Tita, que nunca había salido del pueblo, asintió con un corto ladrido: ¿Cuándo? Tendremos que escaparnos cuando el ama salga al trabajo.

Y así lo hicieron, una mañana, muy temprano, apenas había salido Pilar, Caruso salió de su jaula mientras Tita, de un salto, escapó del patio de casa. Caminaron durante un buen rato hasta que, con los primeros rayos de sol, llegaron al bosque. Cuando Caruso se vio de nuevo en su viejo hogar comenzó a cantar con tanta fuerza que sus viejos amigos, los animales del bosque, al reconocer su voz, salieron a saludarlo. Todo eran saludos y gritos de entusiasmo hasta que, de pronto, un ladrido lastimero de Tita llamó la atención de los presentes.

Un viejo perro abandonado, tenía arrinconada a nuestra amiguita mientras mostraba sus colmillos. Tú eres amigo del hombre, ¿verdad?, ladró. Ya verás cuando crezcas y se harten de ti, te abandonarán en el bosque como a mí y tendrás suerte si no te caza algún jabalí hambriento…

Caruso, al ver a su amigo asustado, se lanzó sobre el perro y picoteándolo en el cuello, lo obligó a abandonar el lugar. No le hagas caso, Tita, su amo era un malvado cazador que lo abandonó cuando perdió el olfato y ya no le servía, pero nuestra ama no te tratará así.

Nuestros amigos pasaron gran parte de la mañana en el bosque. Tita, preocupada por el ama, advirtió a Caruso de que se hacía tarde. La señora estará preocupada si nos retrasamos demasiado. Debemos llegar a casa antes de que ella vuelva del trabajo, ladró. El jilguero, que no había cesado en su alegre trinar en toda la mañana, asintió con desgana.

Durante varios días, nuestros amigos vivieron y revivieron aquella excursión decenas de veces junto a sus compañeros del parque, que la conocían ya de memoria. Tita no se cansaba de agradecer a Caruso su ayuda cuando, según contaba, fue atacado por un perro salvaje. Era como un lobo feroz, ladraba orgullosa de su pequeño amigo. Y Caruso miraba con cara sonriente a Tita mientras, picoteando un caracolillo rebelde que le crecía entre las orejas,

susurraba con un leve piar que no fuese tan exagerado.

Tocaba a su fin la primavera cuando una tarde el cielo se cubrió de negrísimas nubes. A lo lejos una tormenta iluminaba el cielo con sus innumerables relámpagos. Durante toda la noche llovió y llovió sin cesar. Tita, encerrada en su perrera no se atrevió a salir hasta que el sol volvió a brillar en todo su esplendor.

Sólo entonces asomó el hocico al exterior intentando localizar a su amigo Caruso. Extrañada de no oír sus trinos mañaneros, salió de su cubil, miró a un lado y otro… Nada. La jaula estaba vacía y rota. El cubo inferior, el que recoge los restos de comida y plumoncillos del jilguero estaba roto y caído en el suelo. Pero Caruso no aparecía por ningún sitio.

Preocupada por la ausencia de su amiguito, Tita comenzó a latir lastimeramente hasta que Pilar se percató de que algo extraño sucedía. El patio estaba embarrado y lleno de la suciedad que el temporal había traído de no sabemos dónde. Buscaron por todas partes. Caruso no aparecía ni daba señales de vida. La señora pensó que el pobre jilguerillo había sido arrastrado por el agua y el viento cuando éstos arrancaron la parte inferior de la jaula y, muy triste, comenzó a limpiar el patio.

Estaba a punto de terminar cuando Pilar tomó la manguera de riego y dándole la máxima potencia al agua apuntó hacia un rincón donde la hojarasca y el barro estaban arremolinados, Tita miró en dirección al rincón e, imitando los gestos de un amigo podenco, experto cazador, concentró su atención en aquel sucio lugar. Pilar observó la actitud de Tita e, intrigada, preguntó:

– ¿Pasa algo, Tita?

Ésta se lanzó dando ladridos de felicidad hacia el rincón, escarbó entre la suciedad y allí, cubierta de polvo y raíces rotas, apareció una bolita de plumas que tiritaba de frío y miedo. Era Caruso. Cuando el viento y la lluvia destrozaron mi jaula, vine a caer en este rinconcito, explicó con un alegre trinar a su amiga, aquí me quede muerto de frío y miedo hasta que tu ladrido me ha despertado.

Pilar, emocionada, tomó al jilguero entre sus manos y acariciándolo comenzó a darle un poco de calor. Tita, alegre por reencotrar a su amiguito también contribuyó con su aliento a devolver la vida a Caruso. Y los tres, Pilar, Tita y Caruso, rieron felices mientras entraban a casa a buscar un poco de alimento.

–Nos hemos ganado un buen desayuno –dijo, feliz, la señora.

CURRO: historia de un buen amigo

¿Habéis visto alguna vez un pueblecito colgado de una montaña? Pues en un pueblecito así es donde sucedió nuestra historia. Unas decenas de casas, blancas y coquetas, juegan alrededor de la pequeña iglesia que, a manera de hermana mayor, las protege bajo su sombra.

Desde el campanario se avizora la llegada del buhonero, la del autobús que, puntualmente, llega cada mañana con su carga de viajeros acompañados de las últimas noticias de la capital y, cuando la ocasión lo requiere, desde allí también ejerce el sacristán su labor de vigilancia: lo mismo toca a rebato cuando una columnilla de humo advierte del peligro de un incendio que atiende a la vecina que lo llama desde la plaza:

– ¡Luis! ¿Se ven los niños?

–En la era están –responde desde el campanario señalando al grupo que, como minúsculas hormigas se recortaban sobre la nieve que cubre el llano.

La era es una explanada rodeada de bosquecillos que retozan entre peñascos y se convierte en lugar de juego para los niños cuando el colegio permite tales alegrías. Más abajo, escondido bajo las ramas de los árboles, el riachuelo de aguas frescas y limpias como el corazón de los pequeños riega los huertos del lugar con sus cristalinas aguas.

Allí transcurría plácidamente la vida de Curro. Y como éste era el más responsable de todos sus amiguitos, cuidar de ellos era su quehacer cotidiano.

– ¡Curro! Cuidado con los niños –le decían los vecinos.

Y él, vigilante experto, se acomodaba bajo una sombra sin perder de vista cuanto sucedía a su alrededor. Curro lucía un pelo de llamativos tonos rojizos. Su presencia resultaba tan atractiva que rara vez escapaba a las caricias de quien pasaba cerca de él. Si a esto unimos su forma de correr, decidida, alegre y arrolladora, podemos afirmar que en todo el pueblo no había quien pudiese competir en fama y simpatía con nuestro amigo.

Aquella tarde de sábado Curro estuvo jugando con los amigos hasta caer rendido bajo la protección del porche de su casa. La nieve había hecho su aparición de forma sorpresiva y tendió su manto sobre la montaña. Hasta la misma entrada del pueblo había llevado su blanca vestimenta.

–Vamos a hacer un muñeco de nieve –dijo Manuel.

Y los niños tomaron la plaza armados de una vieja bufanda, un par de escobas destrozadas y un sombrero de paja comido por los años.

–Curro, ven –llamó Pablo.

Entusiasmado, Curro acudió convencido de que su inteligencia era fundamental para la elaboración de aquella obra de arte. Durante unos minutos se dedicó a observar el trabajo desde distintos puntos de vista. Dio unas vueltas alrededor hasta que...

– ¡Mira Curro!

Inocentemente se volvió hacia el lugar de donde venía la llamada. Una bola de nieve vino a estrellarse contra su cuerpo entre las risas de los otros niños. Muy enfadado, Curro volvió corriendo y algo humillado a su refugio bajo el porche. A cubierto de bromas, del viento y de la nieve, se dedicó a observar críticamente aquel adefesio de muñeco, porque eso era: un adefesio.

Estos niños no saben ni hacer un muñeco de nieve sin mi ayuda, se consoló imaginando la cara que pondrían los padres cuando viesen aquel espantajo tan contrahecho. No habían terminado aún la tarea cuando Pablo, que era el niño más travieso de la pandilla, se volvió a contemplar el paisaje.

–Mirad que bonita está la montaña...

Gracias a su vestido de inmaculada limpieza, la montaña atraía las golosas miradas de los muchachos. Curro, ante el bullicio y el secreteo de sus amiguitos, no tuvo más remedio que prestar atención a sus movimientos para prevenir posibles diabluras. La advertencia de los mayores era bien sencilla. Aquella belleza encerraba un peligro que había que evitar.

Y allí estaba Curro. Debía vigilar a toda aquella barahúnda de chiquillos convertidos en centelleantes figuritas multicolores. Era una gozada disfrutar de sus juegos en la distancia, pero...

Vigilaré desde lejos, se dijo cuando, en uno de sus intentos por incorporarse al juego, sintió sobre él otra lluvia de nieve. Y volvió a ocultarse tras los pilares del porche.

Al atardecer, los niños fueron recogiéndose en sus casas al olor de una merienda que buena falta hacía después de tanto juego. Algo después, la noche comenzó a anunciar su llegada. Con ella, el frío y la oscuridad se adueñaron de todo el contorno.

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

Free-Ebooks.net